

Como si fuesen pocas las calamidades que se abatían sobre el país, es de mencionar la epidemia del cólera por los años treinta, y la guerra en los Estados Unidos durante los años de 1846 y 1847, que significó la pérdida de más de la mitad del territorio nacional. Después flageló al país la intervención francesa. En ambos casos Nuevo León estuvo a la altura que demandaba el patriotismo.

Para entonces, es decir para mediados del siglo pasado, la lucha armada entre los indios bárbaros y los habitantes del Estado había terminado con su expulsión del territorio nuevoleonés. Algunas partidas se fueron a Tamaulipas, otras a Coahuila y algunas más a Texas. Por supuesto que de cuando en cuando daban albazos con el fin de robar ganado.

Si nos situamos superando el año de 1867 podemos advertir el despertar de un prolongado letargo, que apenas si pudo mantener en pie la artesanía que de tiempo atrás había dado prestigio a la región.

Había roto la apatía dominante la inauguración, en enero de 1856, de la fábrica de hilados y tejidos "La Fama", establecida en Santa Catarina. Era gobernador del estado don Santiago Vidaurri, quien aprovechó la ocasión para darle el mayor lucimiento a la ceremonia.

Presente en el acto inaugural el obispo Rafael José Verger, que gozaba de gran prestigio, las autoridades municipales, los socios de la empresa y numeroso público, Vidaurri dispuso que tres piezas de artillería hicieran varios disparos y la banda militar tocara algunas piezas. Vítores para Vidaurri, entusiasmo auguro de mejores tiempos, y el nombre del caudillo volando en alas de la fama.

No podemos dar categoría de cambio substancial al sistema imperante de la artesanía a la fundación poco después de las fábricas de hilados y tejidos de "La Leona", y de "El Porvenir", porque su influencia no pasó más allá de su radio de acción.

Queda pues esta etapa, que podemos fijar hasta la consolidación del gobierno porfirista, como artesanal, preparatoria de un avance hacia la industrialización.

TERCERA ETAPA

Establecidos de nueva cuenta los Poderes Ejecutivos en el Palacio Nacional, por el presidente de la república don Benito Juárez, en ese año de 1867, Nuevo León entró al orden constitucional nombrando en las elecciones

al general Jerónimo Treviño, quien tomó posesión del puesto el 10. de diciembre.

Nada puede decirse en cuanto se refiere a la situación económica, si no es que se presentaba con caracteres desastrosos. Nada pudo hacer el general Treviño por mejorar la situación, la que se agravaba por la inquietud reinante provocada como reacción desesperada de los vencidos.

Asaltos a pequeñas poblaciones, rumores alarmistas difíciles de combatir, a lo que se agregaba el estado de miseria del pueblo, acosado por tan largos períodos de guerra.

Reelecto dos veces se separa el gobierno por exigencias militares supliéndolo el licenciado Trinidad de la Garza y Melo, primero, y después el licenciado y general Lázaro Garza Ayala, así como el doctor José Eleuterio González Gonzalitos.

Como corolario de situación tan angustiosa, de nueva cuenta Treviño en el poder, secunda el movimiento revolucionario iniciado en Oaxaca por el general Porfirio Díaz, en contra de la reelección de don Benito Juárez.

¡Qué de bueno podía esperarse para Nuevo León ante tal situación! Hambre y desesperación. Y Vencidos los rebeldes se hace cargo del gobierno del Estado el general Lázaro Garza Ayala.

La contienda armada llega a su fin con motivo del fallecimiento de don Benito Juárez el 18 de julio de 1872. Pero se trata simplemente de un paréntesis. Viene a continuación la contienda armada entre el general Díaz y el licenciado Sebastián Lerdo de Tejada.

En virtud de que Nuevo León se distinguió en la Guerra de Reforma, y posteriormente en la del llamado Imperio de Maximiliano, se habían formado generales de personalidad nacional y a ellos acudían quienes necesitaban en el terreno de las armas ayuda. Estaban para el caso: Mariano Escobedo, Jerónimo Treviño, Francisco Naranjo, Pedro Martínez, Lázaro Garza Ayala, Ignacio Martínez... en fin un grupo selecto de caudillos, que más cerca estaban de los caballos que de las oficinas o sillones de reposo.

Queda con ello dicho que a un grito estaban con la carabina en mano, listos para todo servicio. Nada podía esperarse en cuestión de producción alimenticia, ni de artículos artesanales. Decadencia en todo y a esperar tiempos mejores.

Largos años de actividades bélicas habían formado un sistema de vida social y política basada en el militarismo. Las virtudes ciudadanas se medían a través de las batallas ganadas y de las campañas castrenses. Había más que suficientes hombres de letras, de clara inteligencia y gran ilustración; pero como todo quedaba subordinado a la actividad militar, las más

destacadas personalidades civiles quedaban subordinadas al poder de los militares. Lo mismo sucedía en el sector conservador que en el liberal.

En esta forma se explica la decadencia en el mundo de la producción agrícola, minera y ganadera que en la artesanía. Se llegaba al restablecimiento de la República en 1867, con la esperanza de una paz acogedora; pero las cosas se presentaron en distinta forma. Vencido el Partido Conservador, dejaba un sedimento de inconformidad, que no significaba fuerza coherente capaz de trastornar el orden establecido. Las dificultades eran de otro orden.

El militarismo, como queda dicho, daba muestras de inquietud. Surgían los caudillos entre las filas de los liberales vencedores. Unidos en las grandes conmociones de la Reforma y de la Intervención Francesa, soltaban las amarras de la unidad para saciar apetitos personales de poder.

Dos grandes figuras se perfilaban en el panorama nacional: Los generales Porfirio Díaz y Mariano Escobedo. El primero, ambicioso de poder, no se limitó a esperar a que la opinión pública lo llevara a ocupar el primer puesto, sino que se lanzó de lleno al campo de las armas. El segundo, consciente de su fuerza popular, consideró que debía esperar a que el voto ciudadano no lo designara.

La fortuna es de los audaces, dice un adagio latino, que tuvo cabal aplicación en el caso del general Díaz, a quien vemos llegar a la Presidencia de la República, dejarla durante un período para ocuparla ya en plan permanente. Su experiencia en defensa de la patria y en las revoluciones, le permitió avalorar el significado de la paz y de la guerra.

Dispuesto a conseguir la paz a toda costa dedica su inteligencia y su fuerza política a tal fin. Suaviza el trato de los eternos enemigos hasta el grado de utilizar los servicios de algunos de ellos; dicta leyes en protección de la industria, el comercio y la banca; acaba con las gavillas de forajidos; garantiza la tranquilidad en el campo en provecho de la minería, la agricultura y la ganadería.

Para hacer posible esta línea de conducta cambia los sistemas democráticos por un centralismo paternal, más agudo que el preconizado por el padre Mier, que estando por la Federación, recomendaba en principio otorgar las facultades necesarias al presidente para que estuviera en condiciones de actuar en el desempeño de sus funciones con libertad.

En esa proyección el general Díaz logró la paz, al grado de ganar el título de Apóstol de la Paz.

A medida que la paz se afianzaba resurgía la artesanía y se desarrollaban las labores del campo. Procede consignar una característica de la gente de

Monterrey, que subsiste con igual o mayor ímpetu. Me refiero al espíritu de acometividad de los regiomontanos.

Apenas abiertas las comunicaciones terrestres y ferroviarias, la acción de los hombres de empresa se hacía sentir en dondequiera que surgiera un centro de operaciones, lo mismo en Tampico, Matamoros que en Saltillo, Torreón, Durango y San Luis Potosí. Esta constante comunicación permitió que Monterrey se convirtiera en centro de distribución de bienes y servicios.

Empeñados los empresarios en dar cumplimiento a esta misión pusieron su interés y entusiasmo en aumentar y mejorar los centros de trabajo, fortaleciendo al mismo tiempo las relaciones comerciales con el resto del país.

Los gobernadores de esa época —1872 a 1855— general Lázaro Garza Ayala, doctor José Eleuterio González, licenciado Ramón Treviño, licenciado Viviano Villarreal y licenciado Genaro Garza García, comprometidos en el reto, expidieron decretos favoreciendo las inversiones, que constituían verdaderos alardes de desinterés; pues a pesar de la penuria de los recursos públicos, ofrecían hasta 20 años de exención de impuestos según la inversión de que se tratara.

Floreció la artesanía y se inició de manera firme la instalación de fábricas, que si no eran de grandes proporciones servían de estímulo y de enseñanza.

Los productos llenaban las necesidades locales y se distribuían en el nordeste y centro del país. Cargamentos importantes salían de Nuevo León dándole crédito: muebles bien acabados, camas, cerillos, velas, zapatos, velices, artículos diversos de cuero, pastas alimenticias, dulces, géneros de algodón, sombreros de fieltro, y ya de más altura, se exportaban carretas, carretones y diligencias.

Paralelo a este auge, en sentido inverso, vivían los caudillos nuevoleonenses, que tan brillantes acciones guerreras habían ganado y que, durante largo tiempo constituían para el gobierno federal una seria preocupación.

Acabar con ese reducto constituía para el general Díaz una necesidad. La oportunidad para ello se presentó con motivo de la desaparición de los poderes en el Estado con motivo de la alteración del orden. Se habían efectuado las elecciones para gobernador conteniendo los licenciados, Genaro Garza García y Lázaro Garza Ayala.

La pasión en estos casos se desborda. El triunfo electoral había sido de Garza García; los contrarios no lo reconocieron, trataron de hacer valer sus derechos con las armas, el orden quedó roto y el general Díaz, con el pretexto de restablecer la paz, envió al general Bernardo Reyes, con el carácter de jefe de las armas.

La elección había sido acertada. El general Reyes, de prestigio militar, inteligente, de prendas personales de altura, principió por restablecer el orden dando plenas garantías a ambas partes.

No habiendo posibilidades de arreglo entre los grupos contendientes y en atención a que el Congreso del Estado no se reunía fue declarado el estado de sitio. El siguiente paso lo dio la Cámara de Senadores al designar gobernador provisional al general Reyes.

De un golpe cambiaba el panorama en el Estado. Los antes poderosos e influyentes caudillos quedaron relegados a segundo término. No los perseguió el general Reyes; pero tampoco les dio beligerancia para que siguieran actuando en la política en las condiciones en que lo venían haciendo.

Pronto el general Reyes dio a conocer sus habilidades administrativas y su don de gentes. Con la misma rapidez se atrajo la simpatía del pueblo y la colaboración de los hombres de empresa.

Con el carácter de provisional gobernó el Estado de diciembre de 1885 al 3 de octubre de 1887. Durante este lapso logró pacificar el Estado y demostrar un dinamismo, espíritu de servicio y honestidad inusitados.

Para acelerar el programa de obras públicas organizó una Junta de Mejoras, a cuyo frente quedó nada menos que Gonzalitos. A pesar de lo reducido del presupuesto se llevaron a feliz término varias obras de gran utilidad; entre otras el puente Juárez, para salvar las voluminosas corrientes del ojo de agua del centro, entre las calles de Allende y Juan Ignacio Ramón. La construcción quedó a cargo del ingeniero Miguel Mayora, poniendo en juego la técnica más avanzada.

También fue arreglada la Plaza Zaragoza dotándola de cien bancas de fierro, y de ocho farolas, cada una de cinco luces. A esto hay que agregar las mejoras al Parián, llamado después Mercado Colón; la reconstrucción del Colegio Civil; y la construcción del segundo piso del lado poniente del Palacio Municipal.

Sin hablar de diversas obras de poco costo realizadas, procede señalar la iniciación, a fines de 1887 de la Penitenciaría del Estado, que habría de titularse de grandiosa.

Para cuando entregó el general Reyes, el 4 de octubre de 1887, el gobierno al general Lázaro Garza Ayala, contaba Nuevo León con líneas telegráficas que unían los municipios con Monterrey.

Deja también en plena actividad fábricas de hielo, de azúcar, de almidón, trigo, aguardiente y de los primeros ensayos de la producción de cerveza. La más conocida fue la de don José Calderón establecida por las calles hoy de Zaragoza y de Juan Ignacio Ramón. Vale la mención porque seguramente la experiencia adquirida sirvió para la formación en 1891 de la Cer-

vecería Cuauhtémoc en la que jugarían importante papel don José Calderón, y el químico cervecero don José Schnaider.

La capacidad, diligencia y deseos de significarse del general Reyes dieron como fruto la integración de más de trescientos talleres, que podían significarse como el primer paso o jalón para superar la categoría de la producción artesanal. Ya comenzaba a cosquillear la palabra industria.

Y puesto que en los umbrales de este amanecer que vino a dar el perfil definitivo a Monterrey, como signo de admiración procede mencionar los nombres de quienes formaron en las avanzadas de las legiones que habían de darle renombre mundial a Monterrey, como ciudad industrializada:

Valentín Rivero, Luis G. Coindreau, Pedro P. Quintanilla, Rafael Melo, Carlos Hesselbart, Emilio Zambrano, Pedro Maiz, Francisco Garza Quintanilla, Manuel Bartolomé, Tomás Ortiz, Andrés Hernández, José Calderón, H. B. Butcher.

Se complementa el cuadro de la ciudad, en ese año de 1867, con el funcionamiento imperfecto de los teléfonos, la instalación de la luz eléctrica en forma rudimentaria, el empedrado de las calles del centro, los tranvías de mulitas, y los espectáculos teatrales y de circos.

Situación heredada, como queda dicho, al general Garza Ayala. Para él, que ya había ocupado ese puesto, significaba una nueva oportunidad de servir con lealtad, como correspondía a sus principios, al pueblo que lo había elegido.

Hay que subrayar el hecho de agobio que sufría el Estado en materia económica. Los campos abandonados, la producción en todos los niveles precaria, y la inseguridad en cuanto al presente y el porvenir.

A pesar de todo para el general Garza Ayala significaba un reto a su voluntad de servir. Hombre culto, abogado por capacidad y vocación, pugnó por implantar un sistema legal de garantías para todos sin distinción de ideologías. Puso al día los Códigos civiles y penales, designó funcionarios honestos, y abrió las puertas de su despacho a toda idea de progreso, y a toda queja.

Procuró encauzar en debida forma la educación, impulsó el Colegio Civil y alentó la iniciación de estudios normales y profesionales de medicina y leyes.

El clima de tranquilidad que logró establecer Garza Ayala constituyó el mejor aliciente para el impulso de la agricultura, la ganadería y la producción artesanal. Se realizaron varias obras materiales: extensión del servicio de tranvías, construcción del puente Lerdo, por el doctor Coss, y sobre todo ello la exposición que tuvo lugar en 1888, con la exhibición de las artesanías que estaban reclamando por su perfección el título de industriales.

Terminó su gestión el general Garza Ayala con la simpatía y el cariño del pueblo por su entrega limpia, dejando la impresión de que hizo lo más que podía hacer cualquier funcionario dinámico, honesto y patriota.

El cuatro de octubre de 1889 devolvía el bastón de mando al general Bernardo Reyes, que regresaba en carácter de Gobernador Constitucional electo popularmente. Permanecería en el puesto hasta 1909, año en que se iniciaba la inquietud política que desembocaría en la Revolución de 1910, encabezada por don Francisco I. Madero.

CUARTA ETAPA

En realidad esta relación es complementaria de la anterior. Merece destacarse por el contenido de todo orden respecto a Nuevo León y particularmente a Monterrey.

Entraba Nuevo León a una etapa trascendental. Había pasado un período de pesadilla. El general Díaz, reelecto y vuelto a recibir el poder, había logrado conquistar de manera firme la ansiada paz. Pesaba sobre el país un cansancio indescriptible, la paz constituía la máxima ambición. Quedaban los principios bases de las revoluciones en segundo término. La no reelección sonaba a cascabel roto. Paz, trabajo, bienestar valían más que cuanto principio había alimentado el espíritu anhelante de libertad.

No fue para el general Díaz cosa fácil llegar a esta situación. Tuvo como aliados el hastío del pueblo, su experiencia revolucionaria y el conocimiento personal de los caudillos, que como él, habían peleado por los mismos ideales.

Con tales elementos se dedicó a tratar los problemas de cada entidad de acuerdo con las circunstancias. En algunos casos acercando a su gobierno a quienes ansiaban figurar; en otros enviándolos como Embajadores a Europa, a Sur América. Y cuando había mayores complicaciones, como en el caso de Nuevo León, aprovechando la coyuntura más adecuada.

No existía un caso semejante contra la paz. Media docena de caudillos prestigiados, valientes y aguerridos —Escobedo, Treviño, Naranjo, Martínez, Garza Ayala— podían, en cualquier momento, alterar el orden. Con pleno conocimiento de causa era necesario principiar porque entre sí hubiese algún distanciamiento.

Creada esa situación, envió al general Reyes, persona de su confianza y capacitada para el desempeño de una comisión tan delicada.

Posiblemente el mismo general Reyes no pensó en la posibilidad de que su comisión llegara a significar la vinculación estrecha de su vida con la de los nuevoleonenses.

En tal forma penetró en el alma regiomontana, que para él lo más importante radicaba en que su entrega al servicio del Estado, desafiando los rigores de una hacienda pobre, tan pobre así que necesitó gestionar se le siguiera pasando el sueldo de general para poder subsistir.

Pero no le arredraba ni la escasez de elementos pecuniarios, ni el abrumador trabajo que desarrollaba. Su obsesión era la de convertir al Estado en industrial, convencido de que la agricultura y la ganadería y la minería no serían capaces de producir lo necesario para una administración decorosa, mucho menos para hacer frente a un incremento de la población de manera de subsistir en condiciones aceptables.

Contaba, así lo expresaba él, con la materia prima, el hombre de la región, leal, trabajador y audaz.

Nadie que significase algo en la acción constructiva le era indiferente. Procuraba tratar de cerca a todos, descubrir sus alcances y saber así cómo y qué ayuda debía proporcionarle. Para todos había estímulos además de los establecidos legalmente. Ello le daba la oportunidad de conocer a fondo la conducta de los individuos y, cuando las circunstancias lo reclamaban, intervenir para fomentar las buenas inclinaciones o para corregir las que lo merecían.

Por supuesto que en no pocas ocasiones, de mutuo propio o por petición de parte, intervenía como amigable mediador en diferencias o distanciamientos surgidos en cuestión de negocios.

Se trataba en fin de un hombre inteligente, capacitado en la universidad de la vida, amante del estudio y sobre todo honesto consigo mismo, que no podía engañarse ni engañar a los demás.

Se disponía de estos recursos humanos en un ambiente preñado de buenas intenciones. Se había encendido la luz del entendimiento, estaba todo dispuesto para avanzar y el director, lleno del entusiasmo y de la fe que da el propio valimiento, emprende la jornada que ha de prolongarse por largos años.

Las puertas permanecen abiertas para recibir sin excepción de nacionalidad, a quienes deseen invertir, con tal de que sean personas honestas.

Se establece la corriente fertilizante, como las aguas del río que empapa las tierras promisoras.

Llegan mexicanos, españoles, alemanes, norteamericanos, franceses, árabes, chinos... que prosperan en su mayoría, y andando el tiempo dejan aquí su fortuna, su enseñanza, sus cuerpos y sus familias, que a su vez se